FD. Foll 005.662

MEMORIA

SOBRE

LOS ACONTECIMIENTOS DE VALENCIA

desde el dia 29 de marzo hasta el 16 de abril de 1836.

MEMORIA

SOBRE

LOS ACONTECIMIENTOS DE VALENCIA

DESDE EL DIA 29 DE MARZO HASTA EL 16 DE ABRIL DE 1836.

POR

D. J. Crisóstomo Petit.

VALENCIA,

IMPRENTA DE J. DE ORGA Y C.ª,
C. DEL MILAGRO N.º 19.

1836.

El Autor.

Al escribir este opúsculo me he propuesto únicamente hacer una relacion sucinta, lo mas exacta posible, de los acontecimientos de esta capital despues de la sorpresa de Liria; sus consecuencias; resultado de la accion de Chiva; regreso de nuestros nacionales; entusiasmo de un pueblo que corona de laurel á los que, abandonando sus comodidades, intereses y familias, supieron volar al campo del honor, y triste término de los heridos Deócon y Petit. Porque si bien es cierto los periódicos de esta ciudad han procurado la publicacion de estos sucesos, no ha sido con la estension que el asunto exigia, circunscribiéndose precisamente á los límites que ofrece un periódico.

El saqueo de la villa de Liria, las atrocidades cometidas por la faccion, el glorioso combate, la entrada de la columna vencedora, y los obsequios fúnebres tributados á los que supieron pelear con honor; son hechos que quedarán grabados en la memoria de los que conocen el precio de las virtudes cívicas de los que derramaron su sangre por la libertad de la patria, combatiendo contra las hordas de un caudillo que proclama el imperio del terror.

Esto no obstante, el escribirlos me ha parecido de justicia, y como un nuevo tributo al valor y al honor de los que tuvieron parte en aquella jornada, reuniendo al efecto algunos datos y noticias que no carecen de interes. Podráse notar alguna equivocacion ligera acaso; mas no es fácil evitar un error en materias de esta naturaleza, cuyo defecto es de esperar sea considerado bajo su verdadero punto de vista.

MEMORIA

SOBRE

LOS ACONTECIMIENTOS DE VALENCIA

desde el dia 29 de marzo hasta el 16 de abril de 1836.

LA REBELION mas criminal y destructora, es aquella que, combatiendo la ilustracion, pretende destruir los elementos de la felicidad pública, derramando sangre y reduciendo los pueblos á escombros y cenizas. La razon y el honor se aprestan para repelerle con vigorosa resistencia, y los pueblos se disponen contra su furor; porque su ímpetu todo lo inunda, atacando indistintamente los fundamentos de la

prosperidad y bienestar del hombre pacífico, sea cual fuere su color político. ¿Y qué otra mas atroz, bárbara é insidiosa que la que desgraciadamente tala y destruye nuestro suelo? A nombre de un pretendido Rey, rodeado de una córte levítica, se lanzan al campo masas de hombres que difunden la desolacion y la muerte por donde quiera que discurran; y los fautores de este desenfreno, prevaliéndose de la estupidez de sus partidarios, se apresuran á arrancarles de sus hogares con promesas vanas, y de este modo el honrado labrador suelta la esteva para empuñar un hierro que ha de servir quizás para destrozar el pecho del padre, del hijo ó del hermano, cubriendo de luto hasta su humilde hogar. Fascinados unos, fanáticos otros, y sedientos de horrores y venganzas los mas, agitan en sus manos el puñal para destrozar el pecho de una patria, cuyos estravíos deplora, sirviendo como de instrumento al crímen de unos cuantos pérfidos, avezados á vivir á favor del engaño y la impostura. Empero si estos enemigos de la civilizacion pretenden oponer un escollo para contener el impulso rápido de nuestra regeneracion política, vanas serán sus tentativas: pretender su triunfo es lo propio que empeñarse en saltar mas allá de la sombra que produce nuestro mismo cuerpo. Un pueblo libre, que ha conocido cuanto vale y puede cuando defiende sus derechos, sabe arrostrar los peligros de una

lucha, aun cuando la sangre sea el precio único á que haya de comprarse la estabilidad de sus instituciones liberales.

De la escoria del pueblo hase levantado un puñado de hombres oscuros, y otros conocidos solo por sus delitos, y armados de la espada de la traicion, perpetúan los males de la patria. Esclavos de una ignorancia vergonzosa, no encuentran medio mas eficaz para aumentar el número de sus prosélitos que difundir entre los ilusos las supercherías mas ridículas y atrevidas. A la sombra de una Religion que desconocen y profanan, empapan sus manos con sangre inocente, y proclaman el restablecimiento de un tribunal nefario, cuya existencia escitaria el odio y el desprecio de las naciones de Europa, como contrario á todo derecho, á toda ley, á la felicidad de los estados y á la seguridad del hombre. Algunos impostores, aprovechando la dignidad del ministerio que les caracteriza, no vacilan en despojarse de las obligaciones que aquel les impone, para alistarse en las banderas del crímen y concitar á la discordia, sembrando la ruina y el estrago.

Muerte al honor y á la virtud; vida al crímen y á la ignorancia: así gritan los partidarios del sistema de la tortura y las hogueras.... ¡Insensatos!... ¿no saben que sin ilustracion las naciones quedarian reducidas á hordas de salvages; que sin ella todo yaceria confundido en el caos y el desórden? ¿que la prosperidad de los estados está

en razon directa de su ilustracion? ¿que las costumbres forman su felicidad y reposo, y que la bondad de aquellas no se adquiere sin proscribir preocupaciones envejecidas?

La impunidad y la falta de energía de un gobierno que acababa de elevarse sobre los escombros de otro, cuyos elementos, aunque desquiciados, hacian positiva su existencia, ha sido el orígen de tan lamentable desórden. Los frutos de la clemencia son muy sabrosos cuando no se arrojan sobre una tierra ingrata; pero como los perversos caracterizan aquella virtud como un efecto de debilidad, sirve solo para alentar su orgullo y arrastrarles á nuevos y mayores escesos, y los pueblos esperimentan con dolor las terribles consecuencias que les reporta la falta de castigo. Hablen empero los pueblos de esta provincia, que acaban de sufrir la inundacion de esas masas devastadoras.

Una faccion liberticida discurre con insolencia por todo el E. y parte de N. E. de la provincia, dejando al pasar huellas de sangre, consumando el robo, esparciendo la destruccion, el incendio y la muerte, sin que el llanto de las víctimas y el grito de una corporacion paternal y respetable (1), sean bastantes para herir los oidos del go-

(1) La diputacion provincial, impulsada por el celo que la anima en favor de este hermoso pais á cuyo frente se halla, dirigió á S. M. una reverente y enérgica esposicion en 11 de marzo último, de cuyo documento nos parece oportuno entresacar los siguientes párrafos para patentizar que aquella respetable corporacion, no en vano elevaba hasta los pies del trono su voz. «Parece pues, Señora (decia), que una provincia en que

bierno, que parece contemplar pasivo tantos males, dejando á los pueblos á discrecion del vandalismo.

Las atrocidades cometidas por el feroz Cabrera difundidas entre el pueblo, siempre ansioso, han producido los mas terribles efectos, colocándole en una cruel alternativa. La relacion de los actos de crueldad egercidos por aquel tigre, han escitado con razon la venganza de los hombres mas pacíficos. La naturaleza misma retrocede al recuerdo de tanto crímen perpetrado por una faccion, que destruye progresivamente nuestra industria, nuestra riqueza y prosperidad: fruto debido á un sistema de administracion sostenido largo tiempo por la tenacidad de unos hombres que han arrastrado la nacion al borde del precipicio. Su error, ó su audacia mas bien, ha puesto el fuego y el acero en las manos de un partido

tan hondas raices ha echado la lealtad, y tales sacrificios sabe hacer en las aras de la patria, es acreedora á que se la dispense una proteccion especial: así lo exige tambien el interes general del estado, que tan pingües recursos saca de ella; mas en el dia por desgracia se halla poco menos que abandonada: porque si bien se ha socorrido tal cual vez con algunas tropas, estas han pasado muy pronto á las provincias vecinas, dejando la de Valencia casi enteramente al cuidado de la Guardia nacional, que ha arrostrado y arrostra toda clase de fatigas y privaciones, persiguiendo incansable á las gavillas rebeldes que se han introducido en la provincia....»

. . . . . .

«La diputacion no puede dudar que V. M. se dignará atender el clamor de los pueblos, cuyo eco es en este dia; pero le suplica de nuevo sea pronto, porque en otro caso, la imperiosa necesidad de sostener la libertad de que goza hasta ahora el pais, la precisaria tal vez á adoptar por sí las medidas que segun las circunstancias creyese mas conducentes al logro de fines tan sagrados, destinando esclusivamente á este objeto todos los recursos de la provincia, invertidos hasta de ahora en la defensa de otras, al paso que esta se halla en el abandono que deja manifestado.»

que solo puede satisfacer su ambicion la sangre, las hogueras y los patíbulos. Proclamando un objeto que ultrajan con desdoro, enarbolan una enseña salpicada de sangre, así como su pretendido Rey elevaria su trono sobre un monte de cadáveres, pasando á él por una senda sembrada de miembros palpitantes.

Valencia ha visto aproximarse las facciones á cuatro leguas de sus murallas, y llegar las familias huyendo de aquellas hordas llenas del mayor terror, despues de haber perdido cuanto acaso constituía su fortuna. El relato de las sangrientas escenas ofrecidas por un enemigo tan bárbaro y audaz, ha estremecido mas de una vez al pueblo, exasperádole y provocado su cólera contra la falta de vigor que visiblemente nos ha conducido á un estado tan violento. Los sucesos de Villareal en la entrada del Serrador y Cabrera en el mes de julio último; el desgraciado encuentro en el carrascal de la Yesa en 27 del mismo mes; la espantosa carnicería de la villa de Rubielos en setiembre, egecutada por Cabrera, fueron circunstancias harto poderosas para escitar la irritacion de un pueblo, que veía correr la sangre de los patriotas, y oía el grito lastimoso de los que acababan de perecer á impulsos de un enemigo que impunemente discurria á su arbitrio de pueblo en pueblo, llevando el robo, la miseria, el incendio y la muerte á los infelices, que sometidos á vivir en poblaciones sin medios de defensa,

sucumbian á la barbarie de un salteador atrevido y cruel.

Injustamente se declama contra los pueblos por que no rechazan al enemigo: un pueblo sin apoyo inmediato, sin mas reductos ni parapetos que sus pechos, ¿cómo ha de oponerse al número y al encarnizamiento de unos bandidos, que si bien es verdad carecen de disciplina y aun de valor, se lanzan sobre la presa cuando ven la escesiva inferioridad de nuestros leales?

La sorpresa verificada en la villa de Liria en la mañana del dia 29 de marzo por las facciones reunidas de Cabrera, Forcadell, Añon y otros, así como sembró el espanto en algunos pueblos inmediatos á la capital, sirvió como piedra de toque para conocer el espíritu que anima á la Guardia nacional de esta ciudad. Ninguna noticia anticipada se tenia del punto y posicion que ocupaba el enemigo. A las diez de la mañana de aquel dia se difundió por la ciudad que las bandas del foragido Cabrera habian sorprendido la citada villa, y cometido los escesos mas inauditos. Esta voz de pronto se dudaba, ó bien se creía exagerada, mayormente cuando nada habia manifestado la autoridad sobre un punto de tanto interes. Luego vióse confirmada la noticia por algunos vecinos de aquel pueblo que habian conseguido evadirse del peligro de una muerte atroz. Su agitacion, su aspecto, su ansiedad por las familias y amigos, todo escitaba el interes de los que con-

templaban la situacion de aquellos desventurados, y el orgullo de una faccion que habia sabido burlar á nuestras tropas para realizar un proyecto cuyos efectos les fueron tan satisfactorios por entonces.

Recibido el parte de aquella lamentable circunstancia, el comandante-general dispuso la pronta formacion de los batallones de la Guardia nacional, que lo verificaron con admirable prontitud, quedando situados en sus respectivos puntos á las dos de la tarde. Por órden de la misma autoridad, á las tres salió una columna al mando del brigadier D. Bartolomé Amor, compuesta de 30 caballos del Rey, 70 artilleros de egército, primer escuadron de la Guardia nacional, el batallon de Artillería y 2 compañías del batallon de la izquierda del Túria de la misma arma, tomando la direccion de Benimamet, adonde arribó á las cuatro y media. No bien habian llegado á este punto, pasaron á situarse á una altura llamada la *Asomada*, á media hora del almacen de la pólvora. La columna se acampó, y despues de haber formado en columna cerrada, se colocaron las avanzadas en puntos mas elevados.

La noche, aunque serena, era molesta: por el viento fresco que reinaba, parecia que habia retrocedido la temperatura. El gefe de la columna mandó luego se hiciesen hogueras en todo el campamento; disposicion que en el concepto de algunos llevaba dos objetos diferentes: primero,

presentar al enemigo en caso de proximidad una línea prolongada de un cuarto de legua, iluminada por infinidad de hogueras, ofreciendo el aspecto imponente de una division acampada, mucho mas numérica de lo que realmente era la nuestra; y segundo, el hacer mas soportable el viento norte.

Los nacionales, dispuestos ya á pasar la noche á campo raso, y mas dispuestos á emprender la marcha, haciéndose superiores á las incomodidades de la noche, deseaban encontrar al enemigo. Así permanecieron, hasta que á las once de la misma se recibió el parte de que la faccion se habia retirado, por lo que la columna se replegó y alojó en los pueblos mas inmediatos, permaneciendo así hasta las cuatro de la madrugada, que al toque de diana formaron para regresar á la ciudad, verificando su entrada en ella á las ocho de la mañana del 30.

Ninguna circunstancia estraordinaria ofreció el 31 que pudiese interrumpir la gravedad religiosa del dia. Sin embargo, el pueblo demostraba cierta inquietud por saber el punto que ocupaba la faccion, despues del acontecimiento de Liria, y cuál era nuestra posicion. La falta de exactitud en las noticias, el silencio de las autoridades, todo fomentaba el deseo y la ansiedad. La autoridad disfrutaba la confianza del pueblo, y este el mejor medio para contener su agitacion, cuando creía, y no sin razon, amenazada su seguridad y liber-

tad. Nada se sabia ; y este dia la faccion habia pasado á la derecha del Túria por el puente de Pedralba, dirigiéndose á Chiva, donde entró á las cuatro de la tarde. El general Palarea con su division, compuesta de 1,100 infantes y 90 caballos, habíase bajado á Burjasot, siempre observando los movimientos de la faccion.

En la tarde de este dia manifestó aquel general al Sr. D. Mariano Breson, comandante-general interino, la urgente necesidad de reforzar su columna con 800 infantes y 100 caballos, aunque fuesen nacionales, para caer resueltamente sobre los rebeldes ; porque sin esta fuerza no podia ni creía prudente atacar á un enemigo tan superior en número, cuyo éxito podria ser de una trascendencia funesta para la capital por la proximidad de aquel. Esta observacion de parte del general Palarea, fue tan prudente que los hombres de mayor conocimiento la apreciaron por su valor.

Amaneció el dia 1° de abril : la calma que reinaba pareciase al viento ligero de la mañana, que apenas mueve las copas de los árboles, haciendo ondear ligeramente sus hojas ; pero que de repente una ráfaga violenta levanta un remolino de polvo, mueve los árboles, crece su fuerza, y despeja las ramas mas robustas : no de otra manera sucedió á la quietud la terrible agitacion del dia.

Cunde de repente la voz de que la faccion osaba aproximarse á las murallas de la capital ; que habia

pedido raciones á los pueblos de Cuarte y Manises: corre mas válida; los ánimos se agitan; el peligro se exagera con indiscrecion ó con malicia; la necesidad del remedio se aumenta: cunde con velocidad y espanto la aproximacion de los rebeldes.... En la ciudad, no obstante, reina el mayor órden: nada basta á alterar la incontrastable firmeza de los que en breve han de ofrecer sus pechos al peligro para salvar la patria. La Guardia nacional espera la señal de alarma; pero queda formada sin estrépito, y resuelta á batir al enemigo si tanta fuere su audacia.

No es dado á mi pluma bosquejar el cuadro de los sucesos de este dia, tal como quedaron impresos en la imaginacion: otro quizás podrá describirlos con colores tan vivos que hagan renacer en el corazon aquellas escenas, que no podrán borrarse de la memoria de los que, testigos de ellas, vieron el espíritu de un pueblo libre; el odio público al enemigo de la libertad; el terror que su ferocidad difunde hasta en las gentes mas sencillas é indiferentes. Ni las bandas desenfrenadas del indómito Alarico en el lamentable saqueo de Roma, infundieron mayor espanto que estos nuevos vándalos, que dirige el genio de un hombre feroz.

Las puertas de la ciudad estaban cerradas por la augusta ceremonia del dia en que nuestra Religion hace recuerdo de la muerte del Salvador del género humano. Esta circunstancia impedia

la entrada á innumerables familias, que con algunos efectos é intereses llegaban buscando un asilo. El número de aquellas se aumentaba por instantes; el clamor crecia progresivamente; y la autoridad, conociendo la absoluta necesidad de interrumpir el silencio respetable del ceremonial, resolvió que se abriesen las puertas para que entrasen aquellos infelices, que acababan de dejar sus hogares para conservar una existencia tan llena de quebrantos.

¿Quién no sentiria conmoverse su corazon al presenciar tanto dolor, tanto desórden, y al oir el lamento de la débil muger que acababa de perder al hijo ó al esposo, mostrando aun en sus vestidos alguna gota de sangre del que fue su ídolo ó su apoyo?... menester era fuese no un partidario de esa gente feroz, sino una fiera de los desiertos de la Libia, el que mirase con frialdad estos desastres, que algun dia refluirán sobre los mismos que agitan ahora en sus manos la tea de la discordia para llenar la patria de luto y de amargura.

El hacendado, el sacerdote, el labrador, el menestral, el anciano, la matrona, la doncella, todos se agolpaban para guarecerse de la cólera ferina de aquellas bandas de foragidos, que como un torrente impetuoso todo lo devastan, sin que un débil impulso de humanidad ó de compasion baste á contenerles.

Valencia no habia presenciado espectáculo igual

desde la invasion del egército de Napoleon en su llegada á las inmediaciones de esta ciudad en el año de 1811; aunque aquellos eran soldados que venian á conquistar, y no á embotar sus bayonetas con la sangre del hombre inerme y pacífico. El temor obligó entonces á los habitantes de la vega y algunos pueblos inmediatos á refugiarse á la capital; pero puede asegurarse no fue mayor el terror, ni tan fundado como el que ahora inspiran unas gavillas que á su arbitrio roban, matan y destruyen lo que no puede ser objeto de su rapiña.

Las calles veianse inundadas de gentes que habian abandonado sus casas y haciendas, prefiriendo mendigar un techo limitado á ver el aspecto de un enemigo que ya no es considerado sino como un terrible salteador, dispuesto á cebarse con sangre si la presa no satisface su codicia. Los vecinos de la huerta y villa nueva del Grao dejaron sus casas, abandonaron sus campos, olvidaron sus ocupaciones, y se apresuraban á salvar con la vida algunos intereses. La ciudad ofrecia un aspecto imponente á la par que lastimoso. Aquí veíase un anciano respetable sostenido por el brazo robusto de un jóven, que venia á poner en seguro la vida del autor de la suya para volar luego adonde la patria le llamaba: allí una madre infeliz rodeada de sus hijos, vagando sin acierto en busca de su esposo, que acaso habia sido víctima del furor enemigo: mas allá una jóven tris-

te y sin consuelo demanda por su padre, considerándose abandonada en medio de tan violento vaiven: aquí un hombre salpicado de sangre muestra la herida que le abriera una lanza enemiga.... Empero la Guardia nacional, en medio del general dolor, muéstrase imperturbable, y pronta á defender su libertad.

A las cinco de la tarde de este dia salió la columna de nacionales que componian las compañías de granaderos, cazadores y 4ª de fusileros del primer batallon; 3ª y 4ª del de Artillería; cazadores, 1ª, 2ª y 3ª de fusileros del 2º, y del 1º y 2º escuadron, con direccion á Cuarte, de donde debian salir para incorporarse á la division del general Palarea. En efecto, despues de un pequeño descanso salieron para Cheste, adonde llegaron á la una de la noche.

El espíritu y entusiasmo que animaba á los nacionales, hacia concebir las mas lisonjeras esperanzas de que si el enemigo esperaba darian un dia de gloria á su patria, haciendo conocer la impotencia de aquellas informes masas, cuando no cuentan con el bárbaro recurso de lanzarse en el silencio de la noche sobre pueblos desarmados.

El dia 2 de abril del año 1836 ocupará un lugar en la historia de nuestra gloriosa revolucion: sus recuerdos llenarán de orgullo á nuestros hijos, y los enemigos de la libertad cubriránse de vergüenza, cuando retrocediendo á la época en que la ignorancia pugnaba contra la ilustra-

cion, vean patentizada la injusticia de su causa.

A las once y media de la mañana de este dia salió el general Palarea de Cheste con la columna de su mando y nacionales, tomando la direccion de Chiva, y atravesando el pueblo tomaron el camino Real. A la media hora, y á la derecha del mismo, se advirtió que la faccion, confiada sin duda en la inferioridad numérica de nuestras tropas, osaba dejar el camino de Requena dirigiéndose á la citada villa de Chiva, cuya poblacion, abandonada absolutamente, ofrecia una imágen triste. El general recibió el aviso con serenidad; pero no bien mandaba hacer alto para ordenar las columnas de ataque, cuando advirtió que los rebeldes se apresuraban á tomar las alturas de la derecha, que en breve se vieron coronadas por ellos. Creyeron que su triunfo estaba asegurado con apoderarse de las breñas: pensaron burlar el valor de unos soldados conducidos por un gefe cuya firmeza, patriotismo y decision por la causa de la patria y del trono, le hacen acreedor al reconocimiento público y á los mayores elogios. Dirigida hábilmente la batalla, el general mandó dar un cambio de direccion sobre la derecha, colocando la caballería en batalla á la izquierda, y marchó resueltamente sobre los rebeldes. Estos, en número de 4,000 infantes y 300 caballos, se habian parapetado como acostumbran si alguna vez han esperado á nuestros valientes. Provocada la accion, avanzaron las guerrillas de una y otra

parte ; pero el general, asegurado ya del órden de las columnas, marchó decididamente sobre el enemigo, dando antes la órden de no hacer fuego hasta su voz. Así avanzaban nuestras tropas despreciando con serenidad las descargas de las compañías enemigas, hasta que puestos á medio tiro de fusil, y el general á su frente, mandó armar bayoneta y tocar paso de ataque á todos los tambores, cornetas y clarines para envolverles. Visto por el enemigo el valor y la intrepidez con que nuestros soldados se arrojaban sobre ellos, se llenaron de terror, abandonaron cobardemente sus posiciones, y los leales trepando de altura en altura arrojaban al enemigo.... Una brillante carga terminó la accion y fijó la gloria de este dia. El enemigo, disperso en todas direcciones y puesto en fuga, abandonó el campo, que dejó sembrado de cadáveres y despojos militares. Nuestra caballería é infantería, obstinadas en la persecucion, hicieron al enemigo un destrozo horrible. Su caudillo, cobarde á la par que cruel con los vencidos, vióse cortado por algunos instantes por nuestras tropas ; pero pudo salvarse por la velocidad de su caballo y pericia en huir cuando la impunidad, el descuido ó la debilidad del contrario no favorecen sus tentativas.

Dispersa y en confuso desórden la gavilla, fue perseguida mas de dos horas, hasta que fatigados por la aspereza del terreno cesaron en la persecucion.

El resultado de este feliz encuentro ha coronado las esperanzas de los buenos, y el enemigo ha recibido en los campos de Chiva una leccion, y visto de qué son capaces los que defienden una causa noble.

La Guardia nacional ha patentizado á los ojos de los que la consideran como el mas fuerte antemural de la libertad, que cuando esta y la patria exigen el sacrificio de posponerlo todo á tan sagrados objetos, saben hacerlo.

Estos soldados de la patria han ofrecido su sangre en las aras de aquella, y llenado sus deberes con la honradez que era de esperar de los que no conocen otro móvil que el honor, la libertad y el trono legítimo. Fueron á pelear por su ídolo, y lo hicieron con valor: la sangre de nuestros compañeros Deócon, Petit y otros, son el mas elocuente testimonio.

Mientras en el campo del honor se regaban con sangre los laureles, que en breve habian de ceñir las sienes de los que vencieran, la ciudad yacia en silencio esperando la suerte de nuestras armas: á todos devoraba en secreto la ansiedad por saber cuál era la fuerza del enemigo, cuál su posicion, y cuál el punto que ocupaban nuestros soldados. Mas á la manera de una chispa eléctrica, se comunica la voz de que la faccion, retrocediendo de las inmediaciones de Buñol, habia esperado á la columna del general Palarea, y trabádose un combate encarnizado á la una de aquel dia;

que el aspecto que ofrecian ambos combatientes era imponente: el enemigo por la ventaja de sus posiciones y fuerza numérica; por nuestra parte la disciplina, el valor, la direccion.... ¿Quién podrá describir la sensacion fuerte que esta noticia produjo en los ánimos ya agitados por los sucesos anteriores? La Guardia nacional formó al momento; las autoridades se reunieron; la diputacion provincial, declarada en sesion permanente desde el 1° de abril, constante en sus principios, no olvidaron sus individuos que la corporacion que formaban era la tutelar de la provincia y el mas eficaz procurador de sus derechos. Puestos en contacto con la autoridad militar, no perdieron de vista un punto la suerte de la patria, por quien han ofrecido sus vidas y abandonado sus casas y familias (1).

Violenta era en efecto nuestra posicion y pro-

(1) No sé adular; por consiguiente, sin esta miserable pasion, que háyame servido de impulso, he creido oportuno y aun de justicia, patentizar un hecho que puede servir de modelo á los que hacen consistir su amor á la patria en que esta les satisfaga el precio de un servicio que no lo hicieran quizás. El secretario de la diputacion provincial D. Honorato Piera, como individuo de la 2ª compañía del 2° batallon de la Guardia nacional, debia salir en su compañía, que formaba parte de la columna espedicionaria. Dispuesto á incorporarse á su batallon, el comandante-general y gobernador civil interino le espresó que no debia hacerlo, por cuanto su destino en aquellas circunstancias exigia su asistencia; pues la diputacion, como la primera corporacion popular de la provincia, debia prestarle toda su cooperacion y secundar sus disposiciones: el citado secretario contestó, que él estaba resuelto á unirse á sus compañeros; que en nada apreciaba su destino entonces, porque era liberal y nacional antes que secretario; que su primer deber era el de soldado de la patria; y se dirigió á las filas.

Otros individuos de la misma diputacion volaron sin vacilar al peligro, porque allí les llamaba la patria, y allí sellaron con

pia, cuando del acierto pendia la seguridad de una provincia; porque una desgracia hubiera quizás puesto el sello á la desventura de un pais, cuya riqueza y decision por la libertad son sin duda el objeto que escita la codicia y la venganza de esas gavillas (1). Las consecuencias de una fatalidad hubiesen sido de una trascendencia funesta para la capital, aunque nunca hubieran sido tales que facilitasen el triunfo al enemigo; pero reflexiónese por un momento sobre la influencia moral de un suceso de esta naturaleza, y su idea sola nos estremecerá y hará conocer la necesidad de rechazar á toda costa al enemigo, antes que ofrecerle por falta de resolucion una ventaja que provocaria mas su audacia.

En esta situacion, los enemigos interiores, alimentando ridículas esperanzas, suponian con artificioso modo una desgracia de nuestra parte. Esto acrecentaba la incertidumbre y temores de

sangre su amor á la libertad. Dígalo empero D. Manuel Deócon, cuyas virtudes cívicas eran harto conocidas para que me detenga en esponerlas aquí. Cumplieron un deber que la patria impone á todo ciudadano, su defensa; pero no todos los hombres abrigan suficiente virtud para dejar sus comodidades é intereses, y armados de un fusil seguir la suerte de un soldado. Nuestra Guardia nacional, compuesta de gente acomodada, ofrece una conducta semejante.

(1) Sabido es que la faccion hace algun tiempo proyecta con interes penetrar en la derecha del Túria; invadir los ricos pueblos de la Ribera; saciar su codicia y su venganza; equipar sus bandas de cosacos, y reducir esta parte hermosa de la provincia á un estado deplorable. Un movimiento de esta naturaleza podrá no serles tan fácil su realizacion, cuando en aquellos pueblos abundan escuadrones y batallones de nacionales: el terreno ademas no les facilita la egecucion de este plan; pero su audacia todo lo arrostra; y aun cuando su triunfo fuese momentáneo, una sorpresa les ofreceria un botin considerable. No olviden sin embargo aquellos pueblos que es un salteador el enemigo.

las familias, que sin permitir lugar á la reflexion veian solo la desgracia que amenazaba ó envolvia á los que eran objeto de su interes. Poco tardó en recibirse una comunicacion confidencial en que aseguraba que el éxito del combate habia sido completamente favorable; que la faccion habia sido batida; que el general Palarea habia sabido conducir á la victoria á las tropas y nacionales de su mando; que la Guardia nacional de caballería habia teñido sus lanzas con sangre de los rebeldes. Esto produjo un efecto maravilloso, y á la agitacion sucedió la calma mas completa. El comandante general creyó oportuno el que los batallones de la Guardia nacional se retirasen á sus casas, que así lo verificaron á las once de la noche: esta fue tranquila, como precursora de un bello dia.

Frustráronse las esperanzas de aquellos que en los escesos de su destemplada fantasía veian el triunfo de ese confuso tropel de bandidos, que apiñados en derredor de un estandarte de muerte, esta y el robo legan con ávida mano á los infelices pueblos. El dia vino á confirmar los felices anuncios de la noche anterior: el grito de triunfo corria de boca en boca, y la alegria mas pura se espresaba en el semblante de todos. La autoridad militar se apresuró á publicar una comunicacion confidencial hasta tanto llegaba el parte oficial. Aquel documento, escrito á poco de terminada la accion, y con la precipitacion propia en este caso, era muy sucinto; pero estaba conforme con las noti-

cias particulares que habian circulado por la mañana, escepto en el número de muertos, que en realidad era mucho mayor del que manifestaba, como luego se vió por el parte oficial.

El inopinado retardo de este, impacientaba á las gentes, causando alguna estrañeza su dilacion, sin saber á qué atribuir esta circunstancia, mayormente cuando un ausiliar de la diputacion provincial, enviado por la misma al cuartel general, habia manifestado á su regreso, que uno de los ayudantes de campo del general habíale asegurado que el parte se habia despachado ya. Pero no bien acababa de publicarse la comunicacion confidencial, cuando se recibió y publicó el citado parte: este confirmaba de un modo esplícito lo mismo que habia participado á la diputacion su enviado.

Esto no obstante, nuestros enemigos dábanle á la noticia oficial una significacion inversa y favorable á sus ideas, disfrazando los hechos á su placer, y esparciéndolos con refinada malicia. No podian hacerse fuerza á borrar de su imaginacion las esperanzas que habian podido concebir, halagando su triste pasion. Así alimentan el bárbaro deseo de ver entre sus manos á un enemigo á cuya generosidad deben su existencia. Entregados á un continuo delirio, siempre nadando en arroyos de sangre humana, y ávidos de ella mas que del principio que proclaman; la sangre únicamente puede constituir su triunfo.

Nuevas noticias del cuartel general aumentan las ventajas conseguidas por nuestras tropas en la accion del dia anterior, haciendo ascender el número de muertos á mucho mayor del que contenia el parte, como efectivamente era.

El resultado de aquella, segun los mejores datos, ha sido el siguiente: La pérdida de los rebeldes ha consistido en 327 muertos: 240 quedaron en el campo, y los 87 restantes fueron enterrados en diferentes puntos, segun las comunicaciones de los alcaldes de los pueblos por donde pasaron en retirada: mas de 320 heridos: sobre 300 fusiles: 30 caballos: 8 cajas de guerra y la mayor parte de las lanzas de su caballería. Nuestra pérdida, á proporcion de la del enemigo, ha sido corta en el número; pero grande y dolorosa en su esencia para los que aprecian por su valor el patriotismo y las virtudes de los que saben verter su sangre por la libertad (1).

La faccion en la mañana del 1º de abril, antes

(1) Nota de los muertos, heridos y contusos en la accion de Chiva.

Regimiento infantería de Ceuta: capitan D. Atanasio Aznar, herido: subteniente D. Antonio Campi, id.: tropa 14 heridos.

Provincial de Lorca: distinguido D. Upliano la Hoz, herido: sargento 2º José Navarro, muerto: tropa 4 muertos; 12 heridos; 2 contusos.

Provincial de Leon: tropa 1 contuso.

Regimiento caballería del Rey 1º de línea: teniente D. Segundo Perez, herido: tropa 3 heridos; caballos 2 muertos, 3 heridos.

Primer escuadron de Guardia nacional de Valencia: nacionales 2 heridos, caballos 1 muerto.

Segundo idem: capitan é individuo de la diputacion provincial D. Manuel Deocon, herido: nacionales 1 muerto.

Total: Muertos 6; heridos 36; contusos 3; caballos muertos 3; heridos 3.

de salir de la villa de Chiva, despues de haber saqueado la poblacion y cometido los mayores y mas impuros escesos, quiso presentar el acto mas inhumano que pudiera concebir solo un hombre despojado hasta del último sentimiento de su especie. Cuarenta y un patriotas fueron despedazados en el patio del convento de S. Francisco; y este el espectáculo que ofrecieron al pueblo de Chiva, dejando sus cuerpos insepultos y espuestos como objeto de terror. Revolcados en la sangre que brotaba de las heridas que les abriera la lanza, el plomo y el puñal, parecia que agitando trémulamente sus manos pedian justicia.... venganza. El hombre mas endurecido retrocedia de espanto á vista de aquella horrible carnicería. Un monton de cuerpos mutilados mostraba con lúgubre silencio el triunfo de aquella mesnada de bandidos.

No pudieron embotar sus puñales en los pechos de los habitantes de este pueblo, empero satisfacieron un tanto su furor con 13 vecinos del mismo, que unidos á los 28 que estrajeron de Liria, fueron cruelmente inmolados; cuya memoria escita la indignacion de los que aun vieron correr su sangre. ¿Y qué puede servir de represalia á esta atrocidad?... solo el esterminio de esa raza enemiga de la sociedad. Un grito universal de venganza oiráse un dia, y la existencia de los partidarios del fanatismo acabará con ignominia ante el tribunal de la razon:

todo se conjurará contra un enemigo, que revestido con las condiciones de las fieras, hase desprendido ya del carácter de la especie humana. ¿Y hay quién obcecado aun, siga las banderas de la rebelion? ¿hay quién sin fruto pretenda ser el instrumento para tanto mal? Talar los campos, despojar al infeliz labrador del fruto de sus desvelos, arruinar los pueblos, arrebatar las propiedades, ultrajar el honor, mancillar el lecho conyugal, saciar su bárbaro apetito, verter sangre, el incendio y el robo: he aquí los objetos que conducen á estos hombres que invocan el nombre de Religion.

La columna descansó la noche del 2 en Cheste; el 3 fue á pernoctar á Pedralba, en donde permaneció hasta el 5 por la mañana que regresó á Cheste. Por la tarde las compañías de granaderos y cazadores del primer batallon, y 30 caballos del primer escuadron de nacionales, salieron á las órdenes del coronel Minuissir con direccion á Chiva, para efectuar la sentencia pronunciada contra 9 rebeldes prisioneros, prévio el correspondiente sumario (1). En efecto, despues de haberles suministrado los ausilios espirituales, fueron pasados por las armas en el sitio mismo en que cuatro dias antes habian sido sacrificados los

(1) Fueron fusilados en la tarde del dia 5 de abril en la villa de Chiva: Pedro Rovira, natural de Tortosa: Jacinto Santos, id.: Mariano Gombau, id.: Francisco Pago, id.: Vicente Domenech, de Morella: Miguel Sospedras, de Alcalá-de-Chisvert: Antonio Lopez, de Alborache: José Merino, de Algorfe: Tomas Montesinos, de Murcia.

41 infelices de que he hecho mencion. El pueblo vió en aquel acto de justicia cómo la ley habia conducido á expiar su crímen á aquellos rebeldes allí en donde las familias de los 13 desventurados lloraban su muerte.... Pero tendamos un ligero velo que oculte á nuestra vista aquella escena de llanto y de terror, que harto tiempo nos queda para deplorar los males á que nos ha conducido la discordia civil. Suavicemos en lo posible estos males, aunque efectivos: ocupémonos ahora en la llegada de los vencedores á la ciudad.

Un carro de triunfo, una corona de laurel, era el premio que el pueblo romano reservaba á los que en el campo del honor defendian con heroismo su libertad: recompensa tanto mas gloriosa por cuanto estaba guardada á los vencedores; y esta distincion honorífica bastaba para satisfacer aquella noble ambicion, que formaba el carácter distintivo de un pueblo tan avaro de gloria como de su libertad. El mundo, testigo de sus triunfos, contempló con admiracion su grandeza y heroismo. Napoleon con una cruz ó una medalla hacia una legion de héroes; conoció el corazon del hombre, y supo tocar sus resortes.

El dia 6 de abril debia verificar su entrada en esta ciudad la columna de nacionales, con el digno general que habíales conducido á la victoria. Preciso era que Valencia mostrase de una manera digna su gratitud á los que vencieran en los campos de Chiva. El entusiasmo público, el regocijo

general, eran una compensacion noble de los trabajos y fatigas de nuestros soldados ciudadanos, ya que por la perentoriedad no fue dado disponer grandiosamente su recibimiento como lo deseaba el Escmo. ayuntamiento. Sin embargo, su celo y actividad aprovecharon los instantes, y pudo disponerse un obsequio, sino como lo habia proyectado, tan decoroso á lo menos cuanto permitió lo limitado del tiempo.

La tropa de la guarnicion y los restos de los batallones de la Guardia nacional, á las tres y media se hallaban tendidos en la carrera para recibir á sus dignos compañeros. La Artillería de egército con su música y gastadores apoyaba la cabeza sobre la puerta de Cuarte, prolongándose con los demas batallones por su órden hasta la plaza de la Aduana-vieja. Los balcones del tránsito estaban adornados de bellos cortinages: el piso de las calles tapizado de flores y hojas de laurel: sobre las casas consistoriales se elevaba un arco triunfal, sostenido por cuatro columnas estriadas, entre las cuales se veían dos estátuas alusivas al objeto: vistosas colgaduras de seda con franjas de oro dábanle mayor realce: del centro del arco pendia un medallon con dos inscripciones análogas al triunfo. Las calles y plazas de la carrera se veían cubiertas de gentes que parecia que el ansia de saludar á los vencedores les devoraba. El lujo era estraordinario; la alegria sin igual; el órden, el entusiasmo, todo esto forma-

ba la mas bella imágen de un pueblo libre, que sabe gozar de una funcion cívica sin traspasar los límites que el decoro exige.

El vuelo general de las campanas anunció el próximo arribo de la columna. Efectivamente, á las cinco de la tarde estaba en la calle de Cuarte estramuros. La música de la Guardia nacional se anticipó á recibirles é incorporarse á ella, rompiendo la marcha con el *himno de Riego*. Las dos compañías de cazadores iban delante con el arma terciada, á las que seguia la columna que llevaba á su frente el caudillo que les habia conducido á la gloria con tanto acierto y valor: su aspecto noble y risueño decia la satisfaccion que su corazon sentia en aquel momento, no tanto en verdad por su gloria particular, cuanto por ver á un pueblo entusiasta que bendecia á sus hijos, por que tan directamente habian contribuido á la salvacion de la provincia guiados por su mano, y sirviéndoles de estandarte su misma espada. Acompañábale el Escmo. Sr. mariscal de campo D. Mariano Breson, que con otros gefes y oficiales habia salido á recibirles. Una comision del Escmo. ayuntamiento, compuesta de su digno presidente el Sr. D. Francisco de Llano y otros individuos del mismo, salió á recibir al general D. Juan Palarea y columna espedicionaria antes de su entrada en la ciudad. El presidente dirigió al general un discurso conciso y elocuente, en que espresó de la manera mas eficaz la gratitud

del pueblo de Valencia por el triunfo conseguido, tanto porque habia arrojado de la provincia á los rebeldes, como por haber hecho partícipes de esta gloria á aquella escogida porcion de honrados ciudadanos. El general espresó á la comision su reconocimiento á una demostracion tan afectuosa. La columna siguió su marcha para verificar la entrada en la ciudad, que lo hizo por la puerta de Cuarte, desfilando por la calle de este nombre, la de Caballeros, plaza de la Catedral, calle del Miguelete, de Zaragoza, del Mar hasta la plaza de la Aduana-vieja. Marchaban por su órden las compañías de nacionales de infantería: seguíales el primer escuadron de la misma arma, y á este el 2º. No puedo pasar en silencio una circunstancia, cuya singularidad contribuyó poderosamente á aumentar el entusiasmo público en favor de nuestros nacionales. Los individuos de este último escuadron, denominado de la izquierda del Túria, venian armados con las lanzas que en el campo arrebataron á la caballería rebelde: perspectiva que á la par que hizo mayor la satisfaccion del dia escitó la risa general. Varas de palio, mástiles de pendones, palos, astas de faroles pintadas de mil colores, con chuzos forjados grotescamente, pengajos viejos y mugrientos hechos de zagalejos harto roídos, eran las lanzas de la caballería facciosa. De manera que formaba el contraste mas original.... aquellos eran despojos de una batalla; aquello era la señal positiva del triunfo.

En su tránsito recibieron los vencedores de Chiva las demostraciones mas sinceras de afecto y gratitud: las calles se veían obstruidas por el inmenso gentío que se agolpaba por saludar á los soldados de la patria, cuyo continente y aspecto marcial admiraba á los mismos enemigos de nuestras instituciones. Los balcones estaban cubiertos de gentes agrupadas, ofreciendo una hermosa y variada perspectiva: el bello sexo, animado del entusiasmo mas tierno y encantador, arrojaba sobre los vencedores coronas de laurel y variedad de flores, que caían sobre las bayonetas mismas que poco antes fueron terror de los rebeldes. Apenas se observaba punto en la carrera que no estuviese ocupado por gentes que se agolpaban, y esto prueba el espíritu público, por más que los miserables partidarios del absolutismo se esfuercen en hacer creer la bondad de la triste causa que defienden. Lo mas distinguido de la capital, las clases mas acomodadas, desde el mas elevado personage hasta el último jornalero, se tomaron parte en la alegria de aquella fiesta nacional.

Llegada la columna á la plaza de la Aduana-vieja formaron en batalla, y despues que el general victoreó á los objetos mas caros á nuestra patria, ISABEL, Cristina y Libertad, desfilaron en columna de honor por delante de S. E., partiendo los batallones á sus respectivos puntos, desde donde rompieron filas.

He manifestado ya que en mi concepto no era

fácil hacer una descripcion tan completa y exacta de cuanto aconteció durante el periodo de aquellos dias. Quisiéralo trasmitir segun la impresion que hicieron en mi alma tan grandes sucesos; pero esto no está guardado á mi pluma: he procurado espresar solo lo que mi corazon sintió, y con ello quizás habré ofrecido un recuerdo que despertará en nuestros pechos el amor á la gloria, y la ambicion de contribuir á la salvacion de la patria.

Grande en verdad fue la alegria de Valencia cuando vió arrojada la faccion que la amenazaba; mayor su entusiasmo al presenciar la entrada de un puñado de valientes que supieron arrancar laureles en el campo del honor: todo fue digno de escitar afectos nobles; mas un funesto presentimiento parecia acibaraba aquellos momentos. Habíase derramado sangre de amigos y compañeros, y esta desagradable circunstancia era un puñal que tocaba el corazon: existian heridos, y una fatalidad podia arrebatarnos la vida de alguno de ellos. Pasáronse dias sin que á la generalidad del pueblo le ocupase otra cosa que la suerte de aquellos, los progresos del mal, los recursos del arte, y todos temian que estos llegasen á ser inútiles para conservarnos la existencia de los que progresivamente anunciaban una escena fatal. No fueron vanos los temores: Deócon y Petit murieron.

A las tres de la madrugada del dia 13 de abril falleció D. Julian Petit, individuo de la 2ª com-

pañía del primer escuadron de la Guardia nacional de esta ciudad, herido de un balazo en la cabeza en la gloriosa accion de Chiva el dia 2 del mismo, peleando contra los enemigos de la libertad y del trono legítimo. Habia vertido su sangre por la patria, justo era pues honrar sus restos; preciso dar un testimonio grande y positivo de que los libres aprecian á los que han sacrificado su existencia por el trono de la razon y la justicia.

El capitan-general, los gefes y oficiales del escuadron á que correspondió el desgraciado Petit, quisieron tributarle el último y mas digno obsequio, y lo hicieron con la ostentacion y decoro que era de esperar cuando obraban los sentimientos. El cuerpo de aquel fue trasladado á su parroquia la víspera de celebrarse las exequias, en cuyo dia se dispuso el funeral y se repartieron esquelas de convite con profusion.

En el centro de la iglesia se elevaba un magnífico catafalco de cuatro cuerpos, cubierto de paño negro, y adornado con escudos de armas alusivos al objeto: infinidad de luces hacian mas ostentoso el aparato. En el último cuerpo, sobre un riquísimo paño mortuorio de terciopelo negro, bordado de oro, descansaba el féretro que contenia el cadáver vestido con su uniforme: una corona de laurel ceñia sus sienes y cubria una herida. Al rededor del túmulo habia dos órdenes de canapés de damasco, y el resto de la iglesia estaba

ocupado por infinidad de sillas dispuestas para los convidados.

En nombre del Escmo. Sr. capitan-general, gefes y oficiales del primer escuadron á que perteneció el difunto, fueron convidadas todas las autoridades así civiles como militares y eclesiásticas, corporaciones, oficinas de Real Hacienda, Real patrimonio, Real cuerpo de maestranza, cónsules y vicecónsules de las naciones estrangeras, y cuanto de mas respetable tiene la capital.

Celebrado el santo sacrificio, que acompañó la orquesta con lúgubre armonía, salió de la iglesia la triste comitiva. Los batidores del primer escuadron de la Guardia nacional rompian la marcha; seguíanles ocho hombres con hachas amarillas, el clero parroquial, y detrás de este venia el féretro: pendian de él seis cintas negras, que llevaban un soldado de caballería del regimiento del Rey, y un individuo de caballería de la Guardia nacional, un artillero de egército y otro nacional, que este lo era el Sr. conde de Albalat, hijo del general Ibarra, y las dos últimas los granaderos de los batallones 1° y 2° de nacionales. La comitiva fúnebre era brillante y numerosa. El Escmo. Sr. capitan-general iba á su frente, y junto á este el hermano, parientes y albaceas del difunto. La Real audiencia, la diputacion provincial, Escmo. ayuntamiento, y cuantas autoridades y corporaciones fueron convidadas al efecto, con los gefes y oficialidad de todos los cuerpos

de la guarnicion y Guardia nacional de todas armas. Un piquete de 40 hombres del referido primer escuadron, precedido de la música de los batallones de la Guardia nacional, cerraba la régia comitiva. Cuatro coches de respeto seguíanles; uno de ellos enlutado y adornado con los mismos escudos de armas que sobresalian en el túmulo. Las calles destinadas al tránsito de la triste procesion estaban cubiertas de gentes, que llegaban á embarazar la marcha de este ostentoso y jamas visto cortejo.

Este homenage es el tributo debido á los que sacrifican por la patria una existencia que otros consagran al crimen y á la destruccion de la sociedad que les detesta. ¡Desgraciado el pueblo que acostumbrando á los hombres á una servidumbre ignominiosa, borran de sus almas los nobles sentimientos que inspira el amor á la patria!

No bien la tierra somovida, ó un estrecho nicho cubria el cuerpo de aquel soldado de la patria, cuando un funesto augurio parecia revelaba una nueva desgracia. Nadie osaba preguntar por la suerte de Deócon, temiendo sonase en su oido la fatal noticia; y como el reo condenado al último suplicio, que una hora de dilacion la mira como un bien, no obstante la proximidad y certeza de su muerte, así los amigos de Deócon parece rehusaban la terrible sentencia, y en la dilacion de este golpe encuentran un consuelo triste y pasagero. Pero en vano el hombre pretende

hacerse ilusiones para desvanecer un mal real y positivo. Deócon habia cerrado por siempre los ojos á la luz: su muerte hacia algunos dias se habia declarado inevitable, y lo fue. A las seis de la tarde del dia 14 de abril dejó de existir D. Manuel Deócon, capitan de la 2ª compañía del 2º escuadron de la Guardia nacional de esta capital, y diputado provincial por el partido de Moncada. Rara vez el que muere deja de arrancar alguna lágrima de compasion, ó bien la enemistad ó la envidia olvidando sus defectos, no teme publicar las buenas cualidades de aquel, porque estas no pueden ya escitar aquella miserable pasion que antes les devoraba; empero los elogios que se han tributado al malogrado Deócon, son el efecto de una conviccion intima, es la espresion de los afectos que inspiraron sus virtudes políticas y morales. Honrado, franco, sincero, generoso, compasivo, dócil, fiel amigo, liberal sin ambicion, patriota sin tacha, celoso del bien público, y valiente; tan eminentes cualidades formaban el carácter del amigo que lloramos. Si no hablára de Deócon á un pueblo que fue testigo de sus virtudes, temeria no se creyese exagerado este elogio: él ofreció morir por la libertad, y lo cumplió.

Muere un Rey, y hasta la tumba le acompaña la pompa de la magestad; el respeto de los que rodean su féretro, de los que en vida adularon sus pasiones quizás, y en su muerte vierten alguna lágrima estéril: un pueblo curioso, corre y se

acerca á mirar aquella grandeza que le deslumbra sin que vea otra cosa que un rico cadáver, y ni aun recuerda sus vicios ó virtudes. Mas á Deócon le sigue al amor, la gratitud, la amistad, el verdadero dolor; y esta fue la comitiva que le acompañó hasta la morada del silencio.

Los honores fúnebres fueron tan dignos del objeto, como de la ilustre corporacion que los tributaba; y debidos solo á los que consagrados á la felicidad de su patria, sacrifican la vida en sus aras (1). El cadáver descansaba sobre un elevadísimo túmulo de seis cuerpos, adornado con franjas de oro: en los ángulos del zócalo sobresalian trofeos de armas, petos, banderas y celadas entrelazadas con palmas y laureles; en sus recuadros veíanse escudos de armas sobre campo azul: ocho flameros del mayor gusto, á mas de 400 luces, daban á aquel aparato fúnebre un aspecto grave y sublime. El último cuerpo, cubierto con el magnífico paño mortuorio que citamos, sostenia el rico ataud de terciopelo y galon de oro, y en él estaba el cadáver de Deócon. Cien párvulos

(1) En el momento que espiró Deócon la diputacion provincial se reunió con el objeto de acordar el modo de honrar los restos de un compañero, que tan dignamente habia correspondido á la confianza de los pueblos que le habian elegido. La corporacion, deseosa de demostrar el aprecio que tan digno diputado la habia merecido, comisionó á uno de los ausiliares de la secretaría de la misma para que este entendiese en todo lo que correspondia al efecto. La diputacion no fijó límites al referido comisionado en cuanto al órden y magnificencia del obsequio fúnebre, y aquel satisfizo completamente los deseos de la corporacion y de los amigos del finado, que admiraron, así como el gusto del cenotáfio, la prontitud con que se habia dispuesto.

de la Real casa de Beneficencia rodeaban el túmulo, colocados junto al zócalo con ramos de laurel y ciprés en las manos : circunstancia en verdad que conmovió el corazon é hizo verter lágrimas de ternura. Celebró la misa el canónigo D. Joaquin Ferráz, vicario-general, capitular de esta Metropolitana, con asistencia de la capilla de la misma, que egecutó la misa de *Requiem* de Andreví.

Cuando acabamos de hacer la descripcion de un acto de igual naturaleza parece ocioso repetirla, aunque en este todo fue mas grande: haremos sin embargo una reseña de alguna particularidad. Aquellos párvulos, que durante la augusta ceremonia ocupaban el lugar que indicamos, acompañaban luego en la comitiva, llevando una hacha amarilla en una mano y en la otra los ramos emblemas de muerte. Del féretro pendian catorce cintas negras, que llevaban, las dos primeras el hijo del capitan-general y un capitan de su E. M., dos individuos de la diputacion provincial, dos del Escmo. ayuntamiento, y un capitan de cada uno de los cuerpos de la guarnicion y de la Guardia nacional las restantes.

La brillante cuanto no vista comitiva, era precedida por el Escmo. Sr. capitan-general. Seguia al féretro (1) la compañía de granaderos del

(1) El dia antes se distribuyeron 1200 esquelas de convite, que puede asegurarse que cuantas personas recibieron esta invitacion asistieron al funeral. La Real audiencia, Escmo. ayuntamiento, gefes y oficiales de los cuerpos de la guarnicion y Guardia nacional, gobierno civil, Real junta y tribunal de Comercio, Real cuerpo de maestranza, gobernadores eclesiásticos, tribunal

primer batallon de la Guardia nacional, que con su música cerraba la marcha, y once coches de respeto, uno de ellos enlutado, caminaban á cierta distancia de la régia comitiva. Los balcones de la carrera, calles y plazas estaban ocupadas con antelacion por un pueblo inmenso, que se apresuraba á derramar una lágrima como tributo de gratitud y aprecio al finado. Llegada á la puerta de San-Vicente, el capitan-general, antes de despedir el luto, pronunció un discurso elocuente y patético. Concluido hizo la descarga de costumbre la compañía de granaderos.

Valencia ha visto en pocos dias escenas de tal naturaleza, que apenas la historia nos trasmite iguales si las examina la razon. El historiador filósofo encontrará en tan estraordinarios sucesos campo suficiente para juzgar un dia á la sombra grata de la paz, y exento de pasiones, de una lucha tan sangrienta como injusta; y recordará á la posteridad los terribles efectos de la discordia civil, y el lector mirará con horror aquellas páginas de sangre que contengan las atrocidades que servian de triunfo á un partido abanderizado por un Príncipe que devastaba lo que no le era dado dominar. Quiera Dios que los pueblos, fascinados ahora, conozcan sus verdaderos intereses, de-

de Cruzada, cónsules y vicecónsules de las naciones estrangeras, administracion de Correos, Real patrimonio, Sr intendente y demas gefes y oficiales de Real Hacienda y otras corporaciones, é infinidad de personas de distincion, ocupaban los asientos en la iglesia durante la augusta ceremonia.

pongan su error, y se apresuren á acogerse á la sombra paternal de un gobierno, cuyo principal objeto es su felicidad.